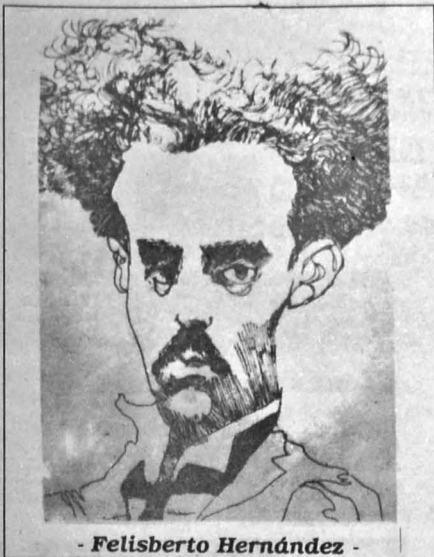


# "El ruido de las máquinas"

EL DE LA VIDA INCONSISTENTE



- Felisberto Hernández -

Conocí a Felisberto Hernández a poco de llegado yo a Mercedes, adonde Felisberto viajaba con frecuencia, ya sea a dar conciertos o a dar clases de piano. Yo traté personalmente gracias a su amistad con Arnaldo Ferreira Goró, profesor liceal de dibujo, con quien empecé a compartir una amistad en la que participó Felisberto, quien escribía sus proyectos de cuentos en la casa de Ferreira Goró, situada a media cuadra del liceo. Pero donde conocí mejor a Felisberto fue en el Hotel París de Battro y Zeferino, situado en la esquina de Artigas y Florida (hoy Castro y Areaga) en la cuadra de la Catedral. Comíamos al principio en mesas separadas, pero ya compañeros amigables compartimos otra vez la misma mesa, pudiendo yo entonces conocer y apreciar su refinado espíritu humorístico.

Tiempo después, la lectura de "Las Hortensias", un extenso pero muy superior cuento suyo, me produjo una impresión seductora: tanto fue así que, tiempo después, me inspiró un artículo que, con el título "El ruido de las máquinas", me publicó el salteño Leonardo Garret en la página literaria que dirigía en un periódico de Salto.

Para Felisberto, todo ocurre en "Las Hortensias" sobre un fondo formado en efecto por el ruido de las máquinas. ¿A qué se refiere?

¿A qué no existe nada por encima de lo que sentimos, ya sea

la Idea, ya sea Dios, ya sea el Progreso. Sólo existe la vida a mano, la peripecia cotidiana. El ruido de las máquinas es el silencio de Dios, silencio invadido por el ruido que hacen los oficios, el runrún insensato del hacer por el hacer, por utilidades de tiro corto, y a costa de lo más útil, es decir de los mares, del aire que respiramos, y de los bosques que nos dan el oxígeno. Desautoriza las Ideas, desautorizado Dios y toda mira trascendente, a la vida del hombre sólo puede rodearla la vanidad de las faenas sin objeto, el auge incoloro de la técnica, esas alternativas que no agregan nada aparente al trajinar. En lugar del Santo y del Sabio, hace su aparición entonces el Experto, es decir el especialista en girar siempre en el mismo lugar. Se puede así destruir una ciudad bajo una bomba, y explicarlo después por

cadena de televisión, destruyendo todo y colocando en su lugar afiches comerciales. Se va a la luna para caer después en la Tierra como un naufrago. El mundo no es el de él. En vez de jugarse hace deporte. El yo no se opone a un no - yo; pone los arcos frente a frente y juega al fútbol. Y en lugar de la música, queda el ruido de las máquinas. Y en lugar de subordinaciones a principios superiores, se establece la rivalidad de los iguales, pero después los dos contrincantes resultan inferiores. Es como una ronda de ciegos que se desplazan tomados de la mano, hasta que uno cae y los demás lo pisan. Y el primero de hoy será el último de mañana.

Y entre tanto, se publican crónicas, y se llenan los anaqueles de las bibliotecas y se perpetúan los museos de la Nada. Se documenta así lo que en realidad no se hizo. La

técnica produce la velocidad, y la velocidad produce el no estar en ningún lado y en ningún tiempo, pues todo es perfectible, todo es pasajero, y lo real queda para un después que no llega nunca. El progreso vuelve inconsistente el aquí y el ahora, que son sólo un pasaje desdénfiable.

Se vive ligero, en ninguna parte, o en alguna parte que no se distingue de las otras, como quien dice en el departamento 216. Nuestra vida no es sino una continua diserción; y como fondo, permanente, es algo así como el ruido de las máquinas.

Vivimos, de ese modo, en una nada ruidosa, en un ahora y un aquí que no significan nada positivo. De ahí que a ese run run Felisberto lo llame "el ruido de las máquinas", un revoltijo que en apariencia es vida, pero que en verdad es un entrevero inconsistente, un darle vueltas a un sinsentido que no nos lleva a ningún lado, a ningún sentido general, a ningún gollote, valga la expresión con que entonces apelamos a una salida que siempre tenemos necesidad de esperar. Se nos prolonga en efecto una expectativa frustrante en la que nos vamos acostumbrando a pensar que vivir así, sin principios ni ideas generales, no conduce a ninguna solución. Y es que para decirlo sin vueltas, nos damos cuenta que vivir así, ¡no tiene gollote".